

## LAS HUELLAS DEL MESÍAS EN LA CORRIDA DE TOROS

Mgr. Jiri Mesic, Ph. D. \*



El siguiente ensayo centra su estudio en la imagen del toro en la corrida, reconociéndolo como la representación de la divinidad masculina en las religiones paganas, concretamente de Baal adorado por los fenicios, primeros pobladores forasteros de la Península Ibérica.

El dios *Baal* era una deidad mesopotámica, el señor de la tormenta y la fertilidad cuyos altares fueron descubiertos en Coria del Río. Su consorte fue *Astarté*, también diosa de la fertilidad y la naturaleza. Esta pareja divina fue retomada posteriormente por los fieles cristianos y algunos de sus atributos están presentes aún hoy día en la iconografía de la Virgen, como la luna creciente que sirve de pedestal en su trono asemejándose al cuerno del toro, o el sacrificio de la deidad bovina en la corrida de toros que recuerda no sólo el sacrificio del dios *Baal*, sino también la muerte del Mesías en el imaginario cristiano.

Nuestro enfoque analiza la lucha entre el ser humano y Dios que encontramos como base de las corridas de toros y que contiene vestigios de un ritual sagrado de iniciación donde el matador actúa como un intercesor (sacerdote), produciéndose

---

\* Doctor en Literatura Inglesa y Norteamericana de la Universidad Palacký de Olomouc en la República Checa, con líneas de investigación sobre las religiones y misticismo.

así un vínculo entre la humanidad y Dios. La muerte del toro es el punto culminante de la lidia que media la unión entre ambos, paradójicamente, a través de la muerte de la deidad. La hipótesis de este ensayo se centra en el momento de la muerte del toro, justo cuando el matador toma sobre sí mismo, momentáneamente, los atributos de la deidad y ofrece una copa de sangre a los participantes que acogen lo sagrado en su mismo ser como acogen el cuerpo de Dios durante la Eucaristía.

Si la corrida de toros se vive de esta manera, es de una importancia inmensa para el ser humano y el desarrollo pleno de su vida. Muchos se sienten atraídos por las cualidades artísticas y la valentía del toreo, pero es lo sagrado lo que más define a la corrida de toros y lo que puede cambiar las percepciones de un espectador con la posibilidad de provocar una experiencia iniciática si el ritual se realiza bajo estrictas reglas de adoración y honestidad.

#### LA INICIACIÓN

Fue el día 19 de abril de 2014 en plena Feria de Pascua en Arles cuando asistí a mi primera corrida de toros. Conduciendo a lo largo de la Camarga, llegué a la ciudad por pura casualidad y me sentí inmediatamente atraído por la fiesta que tanto había escuchado hablar a mi abuelo desde niño. Aquel día vi los toros de la ganadería de Domingo Hernández con la terna de Juan Bautista, El Juli y José María Manzanares. En ese momento, no entendí mucho, pero lo que sentí fue un profundo silencio y la incapacidad de hablar durante horas y algunos días después. Ese día el toro se me reveló como un animal de una fuerza indomable y divina. Todavía siento aquella profunda experiencia y recuerdo las expresiones de los toreros transfiguradas por la felicidad y la tristeza. Aquella corrida logró transmitir algo importante al espectador.

Después de ese acontecimiento decidí seguir viviendo temporalmente en Montpellier y asistir a otras corridas en Arles,

Nîmes, Vergèze y Hagetmau. Muy pronto me di cuenta que tenía que asistir con menos asiduidad, ya que para vivir el mismo sentimiento uno necesita estar preparado. Dicho en términos religiosos, vacío para poder recibir. No obstante, en 2015 empecé a viajar a Madrid y Sevilla a menudo y pude ver las mejores corridas de toros de toda mi vida. Desde principios del año 2016, me afiné en Sevilla de forma permanente dedicando mi vida al estudio de los toros y la verdad es que no he salido de España desde entonces.

Cuando se habla de los orígenes de la fiesta de toros, normalmente surgen dos líneas de investigación. La primera es la que canoniza la fiesta en el siglo XVIII a partir del libro *Tauromaquia o arte de torear* donde el sevillano *Pepe-Hillo* codifica pases esenciales del toreo. En ese siglo, se instaura la corrida como la conocemos hoy día. La segunda línea surge de los corazones de algunos historiadores, antropólogos, etnólogos, poetas y otros románticos que creen que la fiesta de toros presenta unos orígenes ancestrales mesopotámicos y persas, llegando a las orillas del Guadalquivir a través de los fenicios y cartagineses. Por eso, el famoso historiador cordobés José María de Mena (1923-2018) escribió que las diversiones sevillanas de lidiar con el toro bravo eran ya conocidas antes de la llegada de los romanos (1991: 21). No se sabe hasta qué punto se documentó el autor para someter dicha suposición, o si pudo haber surgido por pura intuición o sentimentalismo. Sea como fuere, presenta un gran valor y revela el amor por la historia de un pueblo. Siguiendo esta línea, intento escribir este ensayo, buscando un equilibrio entre los distintos hallazgos encontrados, mi propia experiencia e intuición.

En sus cinco secciones, el ensayo pretende definir el coso como un lugar sagrado, el toro como representante de la fuerza divina, el torero como sacerdote que media entre Dios y nos-

otros, su transformación en la muerte del toro y las implicaciones que el rito tiene sobre los espectadores. Todo con la intención de extraer la corrida de su contexto contemporáneo y buscar sus cualidades antiguas rastreando sus orígenes y significado.

EL COSO, UN LUGAR SAGRADO  
PARA LOS DIOSES ANCESTRALES

El coso es un lugar sagrado que atrae a miles de personas, muchas de ellas por la curiosidad y la emoción. No podemos eludir su fuerte carga religiosa si desde el principio de cada festejo observamos la gran cantidad de elementos y símbolos cristianos que están presentes como las cruces que los toreros dibujan en el albero, las constantes persignaciones que realizan al principio del paseo y durante la lidia, las vírgenes o cristos bordados en sus capas de paseo, o en el interior de sus monteras, medallas, etc. Algunos toreros acuden a la capilla de la plaza para presentar sus respetos ante la Virgen a quien confían sus vidas. Otros, meditan ante sus capillas ambulantes o relicarios mientras se visten de luces. La presencia de lo sagrado es obvia.

El mismo coso es visto como una iglesia o catedral, como así lo atestigua Cruz Goñi, quien, por 40 años, fue capellán de la plaza de toros de Las Ventas, y que la describió como «la iglesia más grande de Madrid» donde «se esconde el corazón espiritual» (Malavia, 2018). El coso es un lugar donde se reúnen y penetran las esferas tanto humanas como divinas (Delgado, 2014: 113). Por eso, la formalidad del paseo y el sentimiento festivo requieren de trajes apropiados para la celebración como si se tratase de una misa dominical o un evento solemne.

Antiguamente, pero ya en época cristiana, los cosos formaban parte de iglesias o monasterios como muchos de ellos todavía hoy día lo atestiguan. Para mencionar algunos, encontramos la plaza de toros de Jaén adosada al monasterio de las Bernardas; la plaza de toros de Las Virtudes que forma parte del Santuario de Nuestra Señora de las Virtudes de Santa Cruz de Mudela (Ciudad Real); o también la plaza de toros del Santuario de la Virgen de la Carrasca cerca de Villahermosa (Ciudad Real) etc. De hecho, no tenemos que ir tan lejos, basta con pensar en la Capilla de la Piedad (Baratillo) en Sevilla y su cercanía con el coso de la Maestranza. Debemos señalar que las plazas de toros son concebidas casi siempre bajo la advocación Mariana que representa la devoción del pueblo a la Virgen, así como su protección. En particular, muchos de los cosos todavía celebran las corridas el día 15 de agosto para conmemorar el día de la Asunción, como ocurre, entre otras, en la plaza de toros de la Malagueta (Málaga) y la plaza de Illumbe (San Sebastián).

También existen muchos casos en la historia donde se lidiaban toros en conventos o iglesias, como es el caso de la Santa Iglesia de San Antolín de Palencia o el antiguo convento de la Merced de Tudela (Delgado, 2014: 252), que servían para representar la pasión de Cristo a través de la muerte del toro. Así, las mismas iglesias se convertían ocasionalmente en cosos sagrados para las corridas de toros.

La palabra *coso* viene de la palabra latina *cursus* que significa carrera, y por lo tanto lo podemos definir como un lugar donde se persigue al toro. Antiguamente, antes de la llegada del cristianismo, estos espacios eran concebidos, entre otros, con objetivos rituales, desligados del mundo diario con fines iniciáticos, respetando las corrientes magnéticas o el calor interno de la Tierra. Estos lugares tenían alguna energía donde se manifestaba el espíritu según Ramón Grande del

Brío, historiador de la Universidad de Salamanca, que también habla sobre la existencia de endemismos, contactos entre materiales geológicos, pasos de aves migratorias, caminos de peregrinación o lugares de culto, corrientes de agua, cuevas, confluencias de ríos o caminos etc. (1999: 57-59). Todavía existen muchas plazas de toros construidas sobre estos antiguos lugares. Para dar algunos ejemplos más concretos, se puede mencionar la Plaza de Toros de Villaluenga del Rosario (Cádiz), la Plaza de Toros de El Castañar (Salamanca) y otras plazas antiguas, además de otras más recientes como es la Plaza de las Ventas en Madrid construida en un lugar que se llamaba “Las Ventas del Espíritu Santo” donde se cruzaban los caminos llegando a la ciudad (en particular, el camino de Alcalá de Henares que dio el nombre a la famosa calle madrileña). La Plaza de las Ventas tiene otras particularidades, como es la situación de la puerta grande al suroeste que lleva a los afortunados toreros de las tinieblas de la plaza, así como su cercanía al Arroyo Abroñigal, antiguamente, un lugar de muchos merenderos y la vida disoluta para la ciudadanía, que está ahora soterrado bajo la M-30.

El coso representaba el eje del mundo donde se veneraba a la *Magna Mater*, la Diosa Madre y el sacrificio realizado para Ella recuerda al sacrificio de Atisa la diosa Cibele de la mitología griega y frigia durante el llamado *taurobolio* donde los oficiantes del ritual cortaban los testículos bovinos y se los ofrecían a la diosa como símbolo de fertilidad y de poder masculino<sup>1</sup> (Husain, 2000: 81).

---

<sup>1</sup> El toro de la vega es un vestigio de este ritual donde el triunfador del coso empala los testículos del toro en su lanza, aunque en este caso, ya no se ofrecen a la Magna Mater (la Virgen de la Peña). Las antiguas inscripciones «uiresexcepit... et transtulit» («tomó sus fuerzas y las transportó») coleccionadas en el Corpus Inscriptionum Latinarum (X,510) atestiguan el traspaso de la fuerza vital del toro a los oficiantes. Recuperado de <https://arachne.uni-koeln.de/drupal/?q=en/node/291>.

Atis fue el dios de la vegetación que moría en invierno y renacía en primavera. Su historia es similar a la de otros mitos mesopotámicos y babilónicos, como es el caso de Ishtar y Tammuz; Inanna y Dumuzi; Atargatis y Mithra; Fatima y Husain; o Afrodita y Adonis. Lo importante es la relación entre la diosa y su hijo que tiene que morir para que se produzca la renovación de la tierra y que tanto recuerda a la Pascua cristiana. El toro bravo representa el símbolo de ese dios con todos los atributos que lo recuerdan: belleza, fuerza indomable y su muerte periódica.

En cuanto a nuestro análisis de las corridas de toros en la Península Ibérica, los tartessos y los fenicios se consideran los primeros habitantes en adorar al dios babilónico *Baal / Melkart*, la divinidad de la fertilidad (García, 1991: 141) y protector de los navegantes (Escacena, 2000: 30). En nuestro legado histórico-cristiano conocemos a *Baal* del Antiguo Testamento representado por el toro / becerro de oro. En el libro del Éxodo, los israelitas, después de haber huido de Egipto, siguieron venerando a *Baal* que se asemejaba al dios egipcio *Apis*. Cuando Moisés descendió del Monte Sinaí, encontró a su hermano Aarón y sus tribus, transgrediendo la ley del Dios Yahveh adorando al becerro. Entonces Moisés, preso de la cólera, ordenó la destrucción del bovino y la matanza de tres mil traidores que ejecutaría la tribu de Leví, la tribu fiel (Éxodo, 32: 26-28). Sin embargo, las tribus israelitas preservaron esa cercanía al dios *Baal* como así lo atestigua la reina fenicia de Israel Jezabel (aproximadamente en el siglo IX a. de C.), que fue el principal promotor de la deidad en Samaria y que se proclamó contra el dios de los hebreos (Libros de los Reyes: I y II). El *Baal* de los fenicios fue posteriormente retomado por los cartagineses que permanecieron en la Península Ibérica hasta la llegada de los romanos (siglo III d. de C.). Ambas poblaciones también veneraban a *Baal-Dagón*, dios del grano cuyos símbolos recordamos durante la celebración del

Corpus Christi (espigas de trigo y pan), y de la diosa *Astarté* que, desde el siglo III de nuestra era, se representaba con un niño en los brazos y que posteriormente ejerció «una cierta influencia en los artistas griegos de los primeros siglos del cristianismo para representar los iconos de la Virgen María» (García, 1991: 143).

Sin embargo, el culto a la diosa pagana *Astarté* finaliza oficialmente en el 431 d. de C. cuando el Concilio de Efeso proclama a la Virgen como la Madre de Dios y la región de Andalucía empieza a convertirse en la tierra de María Santísima. En la Península Ibérica, la Virgen preserva muchos de los atributos de la Magna Mater y siempre está presente en “el fondo oscuro” de la mente del pueblo (*Ibidem*: 99). Sus decoraciones y belleza se asimilan a aquellas imágenes contra las que se postularon Santa Justa y Rufina en el advenimiento del cristianismo. Es la antigua *Astarté* que se llama Virgen María y siempre va acompañada del dios masculino, *Baal*, su hijo cuyo altar se encontró en el cerro de San Juan de Coria del Río en 1997.

Se trata de un altar de imitación de piel de toro con la protuberancia bicorne originaria del siglo VIII a. de C.<sup>2</sup> (Escacena, 2000: 17, 21). Lo sorprendente es que el altar tenía originalmente una forma de toro sobre la que se quemaban exvotos y el ritual podía asemejarse a aquel descrito en el libro del Éxodo 29, 11-13, como lo confirman los autores del mismo ensayo (Escacena, 2000: 26).

«Entonces degollarás el novillo ante el Señor, a la entrada de la Tienda del Encuentro; y tomando sangre del novillo, untarás con el dedo los salientes del altar y derramarás la sangre restante al pie del altar. Tomarás también la grasa que envuelve las vísceras, el lóbulo del hígado, los dos riñones con la grasa que los envuelve, y los quemarás sobre el altar» (Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española).

---

<sup>2</sup> El altar se puede ver en el Museo Arqueológico de Sevilla.

Por consiguiente, somos testigos de un mito ancestral proveniente del pueblo fenicio que fue posteriormente retomado por los cristianos españoles y que ha ido evolucionado en un rito tau-rino celebrado sin altar, pero con una fuerte sensación de lo sagrado presente y tácitamente aceptada por los aficionados en general. La corrida, desde este punto de vista, es la muerte de un dios que es santificado por la Virgen María.

#### EL TORO

El periodista Miguel Ángel Moncholi, al ser homenajea-do en la plaza de toros de Las Ventas el día 19 de mayo de 2019, dijo que había dedicado toda su vida al «Toro, el verdadero dios del Mediterráneo», y nadie pensó que exageraba. Es la percepción de divinidad que los aficionados tienen al ver a un toro bravo, fiero e indomable, representando fuerzas lejanas (Wolff, 2011a: 33-34). En la cultura del mediterráneo el toro está tan enraizado en la cultura popular/folklórica que no existe ningún festejo en que el toro no sea el mayor protagonista. No se trata solamente de la corrida de toros a pie, sino también de los rejones, el toro de cuerda, toro de la vega, encierros, capeas, recortadores, *corre bous* o el *course camarguaise* y *course landaise* en Francia, o la tauromaquia a la manera portuguesa.

El toro está siempre presente en el subconsciente como algo subliminal. Afortunadamente, ha habido grandes historia-dores que han dedicado sus trabajos a la imagen del toro como dios en el mediterráneo. El libro *El toro en el mediterráneo* (1996) escrito por Cristina Delgado Linacero, surge de su tesis doctoral sobre la religión y la mitología taurina, o la obra francesa *Le taureau, ce Dieu qui combat* de Marie Mauron que se publicó mucho antes en 1949. Ambas autoras se centran tanto en el toro como en su fuerza y destacan su importancia en los países del sur. A parte de estas dos autoras, otros escritores suelen

comparar el culto del toro con el culto de Mitra, como los autores del libro *Sevilla y la fiesta de toros* que mencionan la muerte del toro por Mitra como un evento regenerativo y/o como la creación del mundo.

«De la sangre derramada por la víctima nacieron las vides; la carne del animal se transformó en trigo y en el último espasmo de su muerte brotó el semen que generó la infinita variedad del mundo animal; finalmente, a la sombra de su generoso cuerpo ultimado crecieron los jugosos prados y los oscuros bosques. El toro, de acuerdo con la enseñanza del mito antiguo, al contener los elementos principales de la producción de los campos constituye la más bella síntesis de la cultura agraria y, más allá, el símbolo de su propia culminación»

(García Baquero, Romero de Solís y Vázquez Parladé, 2001: 15)

Esta comparación con los dioses mesopotámicos o persas no es aleatoria ya que estas culturas antiguas fueron tan avanzadas que se convirtieron en fuente de inspiración para las culturas nativas de la Península Ibérica que tenían algunos vínculos comerciales con ellas e incorporaron sus costumbres en su propia cultura. El culto de Mitra, que llegó a la península de Egipto con los cartagenses y los romanos, fue necesario para el seguimiento del culto de Baal cuya muerte ritualística significaba un acto iniciático y un símbolo de la renovación de la persona y del pueblo (V.V.A.A., 2004: 43). Por eso, la muerte del toro se oficiaba por un sacerdote del culto. Antonio García Baquero *et al* pone en evidencia los vestigios del culto de Mitra en la Península inscritos en los mármoles de Mérida, así como de Sevilla, Tarragona y Madrid (*Ibidem*).

La veneración del toro era un acto común para el hombre primitivo y estaba siempre presente en su vida diaria. Vivía según los ciclos de la naturaleza y daba nombre de dioses a los distintos fenómenos naturales. El comportamiento anti-religioso

no existía porque significaría la pérdida «de armonía con el medio ambiente» (Grande del Brío, 1999: 45). Podemos decir que, de esta manera, este culto se preservó casi hasta tiempos medievales cuando el culto taurino popular se mezcló con el culto cristiano y dio forma a un sincretismo único. No obstante, no sólo se desarrolló en la Península Ibérica, sino también en el sur de Francia e Italia donde algunas costumbres del culto taurino medieval siguen aún vivas. Un ejemplo claro es el que encontramos en el pueblo francés de Barjols, que con motivo del día de San Marcel (17 de enero), los habitantes celebran la llegada de las reliquias del santo a su ciudad en 1350, fecha que coincide con el sacrificio de un buey (V.V.A.A., 2004: 27). Este sincretismo sigue siendo llamativo hoy día durante la procesión del buey que tiene lugar cada tres años en esa misma localidad y que se asemeja a las procesiones de toros que ahora son desfiles de disfraces en Cataluña.

El cristianismo incorporó el culto taurino debidamente, al igual que otras costumbres folklóricas en todo el mundo. Los sacerdotes ancestrales que veneraban al dios toro, que hoy en día, serían especies de chamanes, se convirtieron en seguidores de Jesús y empezaron a lidiar con un dios que llamaremos Mesías en nuestra época cristiana. A lo largo de los años, dejaron de ser considerados sacerdotes y retomaron algo de los populares juegos de gladiadores romanos para convertirse en toreros. Por eso, el público, a menudo, les ve como lidiadores valientes, pero en la mente subconsciente, una esencia del antiguo sacerdocio todavía está latente.

A través de los siglos, la Iglesia intentó distanciarse de las corridas, e incluso hubo reyes (Carlos III, Felipe V...) y papas (San Pío V, Sixto V...) que se proclamaron en contra de las corridas, pero en la cultura popular y en la mente de algunos clérigos, las corridas van inseparablemente unidas con el estado y la Iglesia, aunque el consenso tácito intente no vincular el

mundo taurino con la política o la Iglesia. En la siguiente parte veremos cómo los sacerdotes de hoy abordan este tema.

#### EL TORERO COMO SACERDOTE

No es de extrañar que, en la historia, especialmente en la historia contemporánea, encontremos algunos sacerdotes lidiando toros, como, por ejemplo, el cura salmantino Blas Rodríguez, que en 1997 pidió permiso para lidiar dos becerros y cortó dos orejas y un rabo a cada uno de ellos. (Francia, 1997). Otro párroco que tiene cierta fama es Julio Brezmes del pueblo Pollos en Valladolid que según testigos, cita a los morlacos con su chaqueta durante la fiesta de su pueblo (Garañeda, 2015). Muchos sacerdotes se suman también a la defensa de la fiesta, como el conocido P. Jesús Calvo del pueblo de Villamuñío en León, o Tomás de la Torre Lendínez, sacerdote de la diócesis de Jaén, que afirma que «en la fiesta existe una gran religiosidad» y que Dios está presente en el ritual sagrado: «Dios está en los toros, porque donde exista un grupo de personas que hacen la señal de la cruz y miran al cielo al pisar el albero, Dios está con ellos y ellos con Él. La historia taurina nos demuestra esta profunda unión entre la fe de los hombres del toro y Dios Nuestro Señor» (Lendínez, 2010). Muchos de los servidores de Dios asisten a las corridas de toros dando así el apoyo de la Iglesia Católica a la fiesta. De hecho, es algo natural, si nos damos cuenta que la mayoría de las corridas coincide con las fiestas del santo/a patrón/a cuya devoción popular se celebra acompañada por una corrida de toros como una extensión de la Eucaristía.

El capellán Cruz Goñi que citamos anteriormente describió la corrida como una liturgia: «aquí estamos ante una liturgia en la que asisten cada tarde de toros más de 20.000 personas». (Malavia, 2018). No obstante, es una liturgia con una base folclórica cuyos cimientos llevan más peso pagano que la Eucaristía cristiana. Lo que experimentan los creyentes en la

misa depende de su estado físico y mental. Los participantes en la misa necesitan el cuerpo de Cristo para vivir y andar con Cristo como dijo San Pablo en su “Epístola a los colosenses” (2:6-7) o en la “Epístola a los gálatas” (5:25-26), y, por eso van a comulgar. Lo mismo ocurre entre los espectadores de los toros, pero el acogimiento del Mesías ya no ocurre a través de Su cuerpo y sangre ingeridos recordando los tiempos antiguos (Grande del Brío, 1999:111), sino a través del espíritu que emana del toro. Aunque no ocurre siempre, podemos decir que ocurre ocasionalmente en los momentos en los que el toro manifiesta un poder divino y el torero es capaz de recibir ese poder y transmitirlo a los espectadores. Por eso, la corrida, es una fiesta de hambrientos que vienen a comulgar y recibir el poder divino, al igual que los creyentes en la misa.

La recepción de este poder en una corrida de toros fue descrita por el más conocido sacerdote, escritor, poeta, defensor y amante de los toros, Ramón Cué Romano, S.J. (1914-2001), que habló del amor divino y los toros en su libro poético *Dios y los toros* (1991). Su trabajo intrigante se centra en la búsqueda de Cristo en la corrida: «Te he buscado entre los toros y te he encontrado» (Cué, 1991:7). En algunos versos de su poesía, Cué es capaz de retratar la vinculación que existe entre el paganismo y el cristianismo, o en otras palabras, entre el toro y Cristo y hacernos conscientes de la evolución que termina con la llegada del Mesías:

«Más todavía, Cristo.

En tu asombrosa humanidad te acercas más al toro.

Antes de tu venida, durante siglos y siglos, en casi todas las religiones, un toro derramando su sangre en sacrificio expiatorio, ha sido tu oscuro símbolo y anticipo.

En el templo de Jerusalén, oficialmente una vez al año, según el rito dictado por Dios mismo, los sacerdotes sacrificaban un toro a Jehová y rociaban con su sangre caliente los cuatro cuernos en

que remataba al altar propiciatorio.  
Hasta que llegaste Tú, Cristo.  
Y te dignaste ocupar su lugar.  
El sitio de los toros expiatorios.  
Y ser Tú el Sacrificio. Y la víctima. Y la sangre caliente que nos santifica reconciliándonos con el Padre.  
Cuando Tú levantabas en la Cena del Jueves Santo el cáliz y decías: “Esta es mi sangre que será derramada por vosotros”, evocabas en la lejanía del pasado toda la sangre de los toros sacrificados en aras litúrgicas de todas las religiones.  
Y desde entonces bastas Tú: única Víctima y Sacrificio.  
Todos los demás quedan abolidos.  
Tan sólo tu Sangre nos salva.  
Por eso a través de la carta que sobre tu Sacrificio escribió San Pablo “a los hebreos” se percibe un lejano mugido de toros sacrificados, que se va perdiendo, ya inútil, hasta enmudecer del todo, para dar paso al grito incontenible de tu Sangre».

(Cué, 1991: 9-10)

Sólo queda preguntarse si el Padre Cué quería decir que después de la crucifixión de Cristo no existe una necesidad de continuar haciendo más sacrificios de toros, o si el acto de crucificar a Cristo/toro es necesario repetirlo regularmente para expiar nuestros pecados. La lectura del ritual, como se sigue celebrando hoy día, se inclina más hacia esta segunda hipótesis. Sin embargo, la muerte del Mesías no sirve para expiar nuestros pecados, sino para renovar la ley de la naturaleza y conectarnos con ella, con la Divinidad. Pero hay otras maneras de alcanzarla, como la meditación, la oración, los ritos de iniciación etc. No obstante, el esfuerzo corporal y espiritual que ocurre a la vez en la corrida de toros es único.

Cué se ocupa también de otro aspecto que hemos mencionado anteriormente brevemente y que es la protección y la devoción a la Virgen. En un poema, habla de la Virgen, “la bordadora”, que cubre el cuerpo del poeta/torero con pétalos de

rosa. Así borda el traje del torero, y figurativamente, su cuerpo se transforma en un cuerpo celestial durante la lidia: «Tan solo Tú estás cerca, palpas mi escalofrío / y en tus rosas me tocas con pudorosos dedos» (1991: 83-85). No es de extrañar que todo el culto se centre en su veneración, desde el rezo en la capilla, hasta su imaginería bordada en los capotes de paseo o incluso en el interior de la montera, como ya hemos apuntado. El torero, como sacerdote, es consciente que a través de la Virgen puede llegar al Señor, y temporalmente tomar los atributos femeninos de la Virgen para realizar el “baile” nupcial con el toro. Pero no se habla de una unión física sino espiritual. Entre los toreros actuales que destacan este aspecto está Antonio Ferrera (\*1978), oficiante de Badajoz, que en el año 2019 estrenó un nuevo capote de paseo pintado con el lema “Crear es crear”. Un eslogan del que los medios de comunicación han hablado con extrañeza sin atreverse a admitir que el arte del toreo es una expresión artística vinculada a la religión y la espiritualidad.

La espiritualidad está muy presente en el toreo de Antonio que a menudo habla de la unión de dos almas que se produce durante la lidia. En algunas entrevistas de la cadena Toros de Movistar en 2017 y 2018, justo después de lidiar, dijo que el alma del toro le había permitido expresar la suya. Será suficiente citar una de sus declaraciones más representativas: «El toro lo ha hecho muy bonito, con mucha alma y me ha permitido expresar la mía, el toro ha hecho cosas muy especiales que te abría las entrañas del corazón... Cuando llegas al patio de caballos sueñas y poder vaciarse como torero y poder transmitirlo hace que crezca tu espíritu como torero».<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Televisado por la cadena Toros (Movistar) el día 6 de mayo de 2019, en el decimotercer festejo de la Feria de Abril y citado por: *Declaraciones Ferrera*: «El toro puso mucha alma y me permitió expresar la mía». (6 de mayo de 2017). Recuperado el 21 de julio de 2019, de <https://www.mundotoro.com/noticia/se-ha-apagado-muy-rapido-y-creia-que-se-iba-a-echar/1323110>

Lo importante de su declaración es esa idea de que el toreo se transforma durante la lidia. El alma del toro en la hora de su muerte se reúne con el alma del torero y escapa de su cuerpo. El torero se “vacía” para “llenarse” y transmite toda esa experiencia al público. Pero para vaciarse, necesita dominar al toro como una novia preparada para dominar a su novio (Delgado, 2014: 210, 300-301). En esa lucha espiritual su alma femenina busca su antítesis hasta que la encuentra y llega a la unión con ella. Esa es la lidia ideal que ocurre en algunas tardes privilegiadas.

En el verano de 2019, después de haber indultado varios toros en su temporada más espiritual, Antonio se mantiene en silencio y no acostumbra a dar entrevistas, ni hablar con los periodistas. En la única entrevista televisada de México en el programa “Tiempo de Toros” en marzo de 2019 habla de “exponer su alma,” “liberar su alma” y de la “conexión del espíritu en la manera muy frágil” (Ferrera, 2019). Su vocabulario revela que Antonio ha empezado a servir de instrumento a una energía que no conocemos habitualmente y que tampoco entendemos con nuestra razón. Sus actuaciones, tanto como la expresión femenina que desprenden sus movimientos, son la mejor representación del oficio del sacerdote al servicio de la Virgen.

Podemos mencionar brevemente otros toreros que torear con una energía semejante, como es el caso de Paco Ureña (\*1982) de Murcia. Él mismo es consciente de que su toreo resulta «de una carga espiritual tremenda» como reveló en una entrevista en 2018. (Ureña, 2018) Es posible tomar todas estas declaraciones a la ligera, pero la historia de la tauromaquia está llena de toreros y críticos que hablan de la espiritualidad. La espiritualidad gana a la fuerza, y la presencia Divina es el primer y el último objetivo de los humanos para desarrollar su vida plenamente. Así lo sienten aquéllos que ven a José Tomás (\*1975) torear y acercarse a lo sagrado de la manera más pura que se haya visto nunca en las últimas décadas. Como el crítico cordobés Fernando González Viñas que escribe que el toreo

de Tomás es puramente «espiritual, monacal, místico» (2011: 28) y habla del torero como «del quinto evangelista, el Mesías y toda una retahíla de nombres que aluden a lo místico, a la leyenda y al espíritu» (2011: 27). Según él, José Tomás ya se considera un Mesías, que ha recibido los atributos divinos transmitidos por Dios con el que ha estado lidiando. Sea como fuere, con José Tomás, casi cualquier espectador se encuentra en presencia de algo que va más allá de lo que conoce. El torero de otra galaxia, provoca una adicción a lo espi-



Fig. n.º 36.- José Tomas minutos antes de comenzar el paseillo. Apud elespanol/toros.

ritual y prescribe una dosis de misticismo anual como en los últimos años en Jerez, Valladolid, Ciudad de México, Algeciras y Granada. González Viñas lo compara finalmente con “un sumo sacerdote” (2011: 123) en su libro antes citado.

Podemos preguntarnos entonces, ¿qué es lo que sienten los toreros cuando matan al toro que les permite expresarse plenamente? ¿Sienten cómo se libera su alma y se reúne con la

suya? ¿Son los gestos de algunos toreros, haciendo señales de la cruz al cuerpo del toro o besando su cadáver, signos de lo sagrado? ¿Qué ocurre con estos hombres a la hora de dar muerte a un dios? ¿Y qué es lo que nos pasa a nosotros, los participantes pasivos del ritual? Estas preguntas han perseguido al autor de este ensayo en cada tarde de toros y es muy probable que la respuesta no se encuentre ni en palabras, ni en las miradas, y quedará en el aire para sentirla, recogerla con la mente, acariciarla y dejarla escapar como un pez en el río.

#### TRANSFORMACIÓN DEL TORERO EN LA MUERTE DEL TORO

En el momento de dar muerte al toro la expresión del torero cambia. Luce. Cuando un torero mata a un toro alcanza el máximo nivel de transmisión y recibe sobre sí mismo los atributos de Dios, su cara adquiere una sonrisa de recién nacido. A menudo vienen lágrimas.<sup>4</sup> Así fue la cara de Antonio Ferrera en su última actuación en Las Ventas el día 1 de junio de 2019 cuando toreó los toros de Zalduendo de su amigo íntimo recientemente fallecido, Fernando Domecq. Es el momento de la reconciliación, aquella que el psicoanalista C. G. Jung (1875-1961) llamaría la unión psíquica de dos almas, del animus y ánima y la recreación del “Hombre Cósmico,” representado por el hombre andrógino Adán (1984: 198). El alma femenina del torero, amparado todo el tiem-

---

<sup>4</sup> A parte de las observaciones personales, así lo describió Juan Belmonte en su biografía: «Se torea como se es. ... Que al torero, cuando termine la faena, se salten las lágrimas o tenga esa sonrisa de beatitud, de plenitud espiritual que el hombre siente cada vez que el ejercicio de su arte, el suyo peculiar, por ínfimo y humilde que sea, le hace sentir aletazo de la Divinidad» (Nogales 2012: 386). En esta ocasión, también debemos mencionar un artículo en ABC que está dedicado a tres toreros (Paco Ureña, Diego Urdiales y Rafaelillo) y que en el año 2015 rompieron a llorar en público después de sus faenas triunfales. Vea Pérez, R. (6 de octubre de 2015). Los toreros también lloran. ABC. Recuperado el 23 de julio de 2019, de <https://www.abc.es/cultura/toros/20151006/abci-toreros-tambien-lloran-201510061540.html>

po bajo la protección de la Virgen, alcanza el alma masculina del dios toro y se reúne con ella. Así el hombre vive un instante iniciático, se une con el alma divina, ambos vuelan en unión, caen, y todo vuelve en sí para repetirse una vez más.

Los escritores y poetas como Joaquín Montaner (1893-1957) relatan ese momento en sus poemas haciendo referencia a otros toreros. Aquí en un poema dedicado a Antonio Fuentes:

«Y tú sonríes ante esa mágica. / Por tus pupilas arde el espíritu, / y un momento blanquean tus dientes / y a ti mismo te aplau-



Fig. n.º 37.- Antonio Ferrera con el capote de paseo, (montaje sobre foto de Bernardo Rodríguez).

des sonriendo. / ¡Oh vida! ¡El tiempo se lleva rápido / este minuto de gracia olímpica! / Pero el alma le queda para siempre / el recuerdo de un algo que es divino» (Cossío, 1959: 136). Es el espíritu que transfigura la cara del torero que queda momentáneamente transformada en Cristo (según San Pablo ya citado). De lo que se habla, en definitiva, es del proceso de transmutación donde el alma se libera del cuerpo, se reúne con el alma Divina y se reincorpora al ser de la persona. Los alquimistas llaman a este proceso *hierros gamos* produciéndose un segundo nacimiento (Nakonecny, 2009: 170).

Quizás es lo que tenía en mente Juan Belmonte (1892-1962) al describir el toreo como un arte espiritual donde no se necesita esfuerzo físico (Nogales, 2012: 182) porque la corrida es un combate entre dos almas que luchan antes de fusionarse.

Pero volvamos a Antonio Ferrera. Los medios de comunicación hablaban de que aquel día de junio se produjo un toreo espiritual. «Antonio Ferrera o el toreo espiritual más absoluto» así llamó su reportaje Rosario Pérez (2019), redactora de la sección de Toros de *ABC*; un torero «transfigurado» escribió Antonio Lorca (2019) en el artículo del mismo día. «Una faena de otra dimensión» según la *Razón*, (Navarro, 2019) «una faena extracorpórea» dijeron en *El Mundo* (Serna, 2019). La verdad es que todos los espectadores aquel día, sentimos la llegada de lo sagrado. Sentimos que nuestros límites humanos quedaron superados, pudimos renacer después de tanto oficio y tanta belleza. Recibimos la comunión, transformados en Mesías.

#### IMPLICACIONES PARA LOS ESPECTADORES

En los ensayos sobre la tauromaquia se suele hablar del papel del público como juez implacable que observa si el reglamento taurino se respeta o no con rigurosidad. En este sentido, el público es un árbitro que también otorga los trofeos, aplaude a los toreros y los toros, o les pita dependiendo de sus cualidades. Su representante, el presidente, expresa su voluntad de una manera unilateral y democrática. Al menos debería ser así.

No obstante, no se suele hablar de lo que un participante del ritual siente sobre sí mismo o si el espíritu de la lidia puede descender a los espectadores y si se pueden alcanzar los mismos niveles de iniciación que alcanzan los oficiantes. Desde el punto de vista cristiano, como ocurre en la misa, el sacerdote y el devoto, ambos llegan a Cristo al ingerir su cuerpo y su sangre. En ese momento, ambos se transforman sin importar quién es el agente activo y quién es el que lo recibe pasivamente.

En la corrida de toros ocurre algo parecido. Según el escritor Fernando Sánchez Dragó, el toreo provoca en los espectadores «un estado de gracia procedente de lo invisible» (2007), por lo invisible se entiende el espíritu religioso del toro. La gracia puede llevar hasta el trance como menciona el autor. Esto es lo que se observa después de una buena faena: gente abrazándose, algunas de ellas llorando, dándose cariño unos a otros, tan reminiscente al saludo de la Paz durante la misa. Estos son momentos de experiencia catártica que provoca amor a los vecinos y profundiza el amor a la familia. Mucha gente lo vive así, otros miran avergonzados, sin saber qué hacer.

González Viñas dice que «Se ha olvidado una de las posibles fuentes de la corrida de toros, la de su origen ritualístico, en la que participan tres elementos: toro, torero y público, reminiscencias a su vez y respectivamente del sacerdote, víctima y oferentes» (2011: 121-122). A pesar de que, como dice el autor, las fuentes de la corrida han sido olvidadas en la mente consciente de los espectadores, siguen vivas seguramente en el subconsciente y en lo que ocurre en el ruedo, porque el público exige la inmolación y la necesita para mantener una vida cíclica de renacimiento (Delgado 2014: 227). Por eso algunos autores hablan de un sentimiento orgiástico cuyo punto culminante es la regeneración del hombre (Grande del Brío, 1999: 126) y de la transmisión entre el toro, torero y público (Grande del Brío, 1999: 147).

Sin embargo, la corrida de toros en su ritual originalmente religioso, abarca otros aspectos, como el arte de torear, que corresponde a la elegancia y pureza de los pases, el valor o la destreza, y así representa toda la cultura de la que emana (Wolff, 2011a: 13).<sup>5</sup> No deberíamos esperar que todo el mundo se sienta atraído por el mismo tipo de pasiones religiosas, tampoco

---

<sup>5</sup> El crítico y filósofo francés Francis Wolff probablemente no estaría de acuerdo con mi lectura de la corrida de toros, pero coincidimos al menos en este punto.

debemos pensar que todos los que asisten a la iglesia lo hacen con el corazón abierto para recibir al Señor, pues cada uno tenemos nuestro propio propósito según el momento. No obstante, la naturaleza humana se inclina innatamente hacia Dios y Lo busca por todas partes, y la corrida de toros es una forma de encontrarse con Dios y así cumplir con nuestro propósito humano.

Si las hipótesis anteriores son verdaderas, y no soy el único que las siente y las vive, la corrida de toros resulta de una importancia inmensa para el pueblo español que no busca espiritualidad en el budhismo zen, yoga u otras formas de crecimiento personal proveniente de Oriente, hecho tan característico en otras sociedades occidentales vacías espiritualmente. Su “Fiesta Nacional” que tiene las raíces en la Península Ibérica y que se sigue manteniendo (gracias a la rigurosidad del rito), es una fuente cultural que forma identidad y valores. El único aspecto negativo es el sector económico y aquellos empresarios que plantean las corridas como un espectáculo que genera una cantidad impresionante de dinero sin anunciar ni promover su carácter sagrado. Las marcas explotan a los toreros para promocionar sus perfumes y ropa para nutrir el aspecto comercial que no tiene nada que ver con lo que ocurre en la plaza. Incluso hay ciertos toreros a los que les gusta jugar un papel de celebridad pública, y dejando de lado su dignidad, prefieren posar para fotógrafos que demostrar su pundonor. Puede que sea una manera de atraer al público más joven, pero si el público se siente atraído por otros aspectos que el del ritual, ese público se insensibilizará y, naturalmente, perderá el interés en algún momento.

Como conclusión, esperamos que quede claro que la corrida de toros incorpora el cristianismo en su simbología, y lo hace presente cada tarde en que se celebra, tanto para aquellos que se sienten creyentes como para los que se profesan ateístas.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cossío, José María (1959): *Los toros en la poesía*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Delgado, Manuel (2014): *De la muerte de un Dios: La fiesta de los toros en el universo simbólico de la cultura popular*, Barcelona, Bellaterra.
- Escacena Carrasco, José Luis, e Izquierdo de Montes, Rocío (2000): “Altares Para Baal” en *Arys: antigüedad: religiones y sociedades*. núm. 3, Sevilla, Asociación ARYS, págs. 11-40.
- García, Miguel Zapata (1991): *El Rocío: Estudio psicoanalítico de la devoción mariana en Andalucía*, Sevilla, J. Rodríguez Castillejo.
- García-Baquero González, Antonio; Romero de Solís, Pedro y Vázquez Parladé, Ignacio (1980, 2001): *Sevilla y la fiesta de toros*, Sevilla, Ediciones Libanó.
- Grande del Brío, Ramón (1999): *El Culto al toro: Ritos y símbolos de la tauromaquia*, Madrid, Tutor.
- Husain, Shahrukh (2000): *The Goddess: Power, Sexuality, and the Feminine Divine*, Londres, Duncan Baird.
- Jung, C. G.; Franz, M. V.; Henderson, J. L.; Jacobi, J. y Jaffé, A. (1984): *El hombre y sus símbolos* (L. E. Bareño, Trans.), Barcelona, Luis de Caralt Editor.
- Linacero, Cristina Delgado (1996): *El toro en el Mediterráneo: Análisis de su presencia y significado en las grandes culturas del mundo antiguo*, Palencia, Simancas.
- Manjón, Luis Nieto (2000): *Toreros de Sevilla*, Sevilla, Editorial Andaluza de Periódicos Independientes.
- Martínez Parras, José María (2003): *Cuadernos de aula taurina: El Toro de lidia*, Sevilla, Consejería de Gobernación-Junta de Andalucía.
- Mauron, Marie (1949): *Le taureau, ce Dieu qui combat*, Paris, Albin Michel.

- Mena, J. D. (1985, 1991): *Historia de Sevilla* (8th ed.), Barcelona, Plaza y Janes.
- Nakonecny, M. (2009): *Smaragdová deska Herma Trismegista* (2nd ed.), Praga, Vodná.
- Nogales, Manuel Chaves (2012): *Juan Belmonte, matador de toros: Su vida y sus azañas*, Madrid, Alianza Editorial.
- Pepe-Ilo (José Delgado) (1994): *Tauromaquia o arte de torear*, Madrid, Egartorre.
- Romano, Ramón Cué (1991): *Dios y los toros*, Sevilla, Rodriguez Castillejo.
- Viñas, Fernando González (2011): *José Tomás: de lo espiritual en el arte*, Córdoba, Berenice.
- Wolff, Francis (2010): *50 raisons de défendre la corrida*, Paris, Mille et une nuits.
- \_\_\_\_\_ (2011a): *L'appel de Séville: Discours de philosophie taurine à l'usage de tous*, Vauvert, Au diable Vauvert.
- \_\_\_\_\_ (2011b): *Philosophie de la corrida*, París, Fayard/Pluriel.
- V.V.A.A. (2004): *Rites éternels. L'homme et le taureau dans le monde: Exposition, Musée des cultures taurines de Nimes, mai-octobre*: Sommieres (Gard), Romain Pages.

#### OTRA BIBLIOGRAIA

- Dragó, F. S. (8 de abril de 2007): “Del toreo como éxtasis” (Web blog post). Revisado Julio 23, 2019, en <http://www.sanchezdrago.com/blog/?p=32>
- Ferrera, A. (8 de marzo de 2019): “Los toreros exponemos más que la vida en el ruedo: Ferrera” (Entrevista). Recuperado el 21 de julio de 2019, de [https://www.youtube.com/watch?v=DPaW\\_3UdaTk&t=4s](https://www.youtube.com/watch?v=DPaW_3UdaTk&t=4s)
- Francia, I. (30 de agosto de 1997): “El Cura Torero”. *El País*. Recuperado el 14 de julio de 2019, de [https://elpais.com/diario/1997/08/30/ageda/872892005\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1997/08/30/ageda/872892005_850215.html)

- Garañeda, J. L. (09 de noviembre de 2015): “Curas toreros, lo llevan en la sangre”. Recuperado el 14 de julio de 2019, de <http://www.federaciontaurinavalladolid.com/curas-toreros-lo-llevar-en-la-sangre/>.
- Lendínez, T. (01 de agosto de 2010): “Dios en los toros”. Recuperado el 22 de julio de 2019, de <http://www.infocatalica.com/blog/elolivo.php/1008010515-dios-en-los-toros>.
- Lorca, A. (1 de junio de 2019): “Antonio Ferrera, el artista total”. *Toros El País*. Recuperado el 14 de julio de 2019, de [https://elpais.com/cultura/2019/06/01/actualidad/1559397739\\_417819.html](https://elpais.com/cultura/2019/06/01/actualidad/1559397739_417819.html).
- Malavia, M. (14 de mayo de 2018): “Las Ventas, la iglesia más grande de Madrid”. *Vida Nueva Digital*. Recuperado el 14 de julio de 2019, de <https://www.vidanuevadigital.com/2018/05/14/las-ventas-la-iglesia-mas-grande-de-madrid/>.
- Navarro, P. (1 de junio de 2019): “Ferrera, triunfo del hombre, el torero y la vida con una faena de otra dimensión”. *La Razón*. Recuperado el 14 de julio de 2019, de <https://www.larazon.es/toros/rotunda-puerta-grande-de-ferrera-en-las-ventas-OG23619241>.
- Pérez, R. (1 de junio de 2019): “Antonio Ferrera o el toreo espiritual más absoluto”. *ABC Toros*. Recuperado el 14 de julio de 2019, de [https://www.abc.es/cultura/toros/abci-antonio-ferrera-espiritualidad-nunca-vista-madrid-201906012223\\_noticia.html](https://www.abc.es/cultura/toros/abci-antonio-ferrera-espiritualidad-nunca-vista-madrid-201906012223_noticia.html).
- Serna, Z. de la (1 de junio de 2019): “Puerta Grande para Ferrera y una faena extracorpórea”. *El Mundo - Toros*. Recuperado el 14 de julio de 2019, de <https://www.elmundo.es/cultura/toros/2019/06/01/5cf2b175fdddfb2138b45f2.html>.
- Ureña, P. (15 de mayo de 2018): “Entrevista por G. I. Bienvenida”. Recuperado el 22 de julio de 2019, de <https://www.elmundo.es/cultura/toros/2018/05/15/5afa06b246163f5a298b456e.html>.